

La mujer le dijo: “Señor, ya veo que eres profeta. Nuestros padres dieron culto en este monte y ustedes dicen que el sitio donde se debe dar culto está en Jerusalén”. Jesús le dijo: “Créeme, mujer, que se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adorarán al Padre. Ustedes adoran lo que no conocen; nosotros adoramos lo que conocemos. Porque la salvación viene de los judíos. Pero se acerca la hora, y ya está aquí, en que los que quieren dar culto verdadero adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así es como el Padre quiere que se le dé culto. Dios es espíritu, y los que lo adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad”.

La mujer le dijo: “Ya sé que va a venir el Mesías (es decir, Cristo). Cuando venga, él nos dará razón de todo”. Jesús le dijo: “Soy yo, el que habla contigo”.

En esto llegaron los discípulos y se sorprendieron de que estuviera conversando con una mujer; sin embargo, ninguno le dijo: ‘¿Qué le preguntas o de qué hablas con ella?’ Entonces la mujer dejó su cántaro, se fue al pueblo y comenzó a decir a la gente: “Vengan a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿No será éste el Mesías?” Salieron del pueblo y se pusieron en camino hacia donde él estaba.

Mientras tanto, sus discípulos le insistían: “Maestro, come”. Él les dijo: “Yo tengo por comida un alimento que ustedes no conocen”. Los discípulos comentaban entre sí: “¿Le habrá traído alguien de comer?” Jesús les dijo: “Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra. ¿Acaso no dicen ustedes que todavía faltan cuatro meses para la siega? Pues bien, yo les digo: Levanten los ojos y contemplen los campos, que ya están dorados para la siega. Ya el segador recibe su jornal y almacena frutos para la vida eterna. De este modo se alegran por igual el sembrador y el segador. Aquí se cumple el dicho: ‘Uno es el que siembra y otro el que cosecha’. Yo los envié a cosechar lo que no habían trabajado. Otros trabajaron y ustedes recogieron su fruto”.

Muchos samaritanos de aquel poblado creyeron en Jesús por el testimonio de la mujer: ‘Me dijo todo lo que he hecho’. Cuando los samaritanos llegaron a donde él estaba, le rogaban que se quedara con ellos, y se quedó allí dos días. Muchos más creyeron en él al oír su palabra. Y decían a la mujer: “Ya no creemos por lo que tú nos has contado, pues nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es, de veras, el Salvador del mundo”.

Palabra del Señor.
R/. Gloria a Ti, Señor Jesús.

HOJA DOMINICAL

La Semilla de la Palabra

3er. Domingo de Cuaresma



Año XX Número 963 15 de marzo, 2020 Diócesis de Ciudad Guzmán

Ser cántaros llenos de Jesús

En este tercer domingo de Cuaresma, el evangelio nos narra el encuentro entre Jesús y una mujer samaritana, encuentro que tiene como punto de partida y de llegada la necesidad del agua.

Jesús estaba cansado del camino y con ganas de saciar su sed. La mujer fue al pozo de Sicar porque necesitaba agua para el gasto de su casa.

Al verla llegar, aunque los judíos y los samaritanos no se hablaban, Jesús le pidió de beber. La necesidad común hace que se rompan las barreras, las divisiones y las diferencias. Ella, sorprendida porque un judío “se rebajaba” a pedir un favor a alguien de Samaria, puso la base para que Jesús le ofreciera otro tipo de agua: un agua viva.

El agua que ofrece Jesús es diferente a la de la lluvia, los pozos y los ríos, ciertamente necesaria para la vida de plantas, animales y personas, pero que hay que estar bebiendo para mantenerse con vida. La de Jesús es un agua que quita la sed definitivamente, un agua que se convierte en manantial de vida eterna para quien la bebe y para quienes se encuentran con él/ella. Esa agua es el mismo Jesús. Quien se lo bebe, no vuelve a tener sed y, además, se convierte en manantial de vida para su familia, su comunidad, la sociedad y la naturaleza.

Después de este encuentro con Jesús, la mujer volvió a su pueblo –ya sin su cántaro y sin agua del pozo– a comunicar su experiencia a sus paisanos. Ella tomó el lugar del cántaro, pues iba llena de Jesús, el agua viva, y se convirtió en un manantial de vida del cual bebieron sus gentes. La mayoría de los bautizados somos cántaros rotos. Nos falta llenarnos de Jesús, para llevarlo a los demás y provocar que también sacien su necesidad de Él.



Nuestro Seminario necesita de tu oración y ayuda económica para cumplir su misión de formar los futuros sacerdotes.

Marzo, mes del Seminario

Salmo Responsorial
(Salmo 94)

**R/. Señor, que no seamos
sordos a tu voz**

**Vengan, lancemos vivas
al Señor, aclamemos al Dios
que nos salva. Acerquémonos
a él, llenos de júbilo,
y démosle gracias. R/.**

**Vengan, y puestos de rodillas,
adoremos y bendigamos al
Señor, que nos hizo, pues él
es nuestro Dios y nosotros,
su pueblo; él es nuestro pastor
y nosotros, sus ovejas. R/.**

**Hagámosle caso al Señor,
que nos dice: "No endurezcan
su corazón, como el día de la
rebelión en el desierto,
cuando sus padres
dudaron de mí, aunque
habían visto mis obras". R/.**



Aclamación antes
del Evangelio

(Cfr. Jn 4, 42. 15)

**R/. Honor y gloria a tí,
Señor Jesús**

**Señor, tú eres el Salvador del
mundo. Dame de tu agua viva
para que no vuelva a tener sed.**

**R/. Honor y gloria a tí,
Señor Jesús**

La Palabra del domingo...

Del libro del Éxodo

(17, 3-7)

En aquellos días, el pueblo, torturado por la sed, fue a protestar contra Moisés, diciéndole: “¿Nos has hecho salir de Egipto para hacernos morir de sed a nosotros, a nuestros hijos y a nuestro ganado?”.

Moisés clamó al Señor y le dijo: “¿Qué puedo hacer con este pueblo? Sólo falta que me apedreen”. Respondió el Señor a Moisés: “Preséntate al pueblo, llevando contigo a algunos de los ancianos de Israel, toma en tu mano el cayado con que golpeaste el Nilo y vete. Yo estaré ante ti, sobre la peña, en Horeb. Golpea la peña y saldrá de ella agua para que beba el pueblo”. Así lo hizo Moisés a la vista de los ancianos de Israel y puso por nombre a aquel lugar Masá y Meribá, por la rebelión de los hijos de Israel y porque habían tentado al Señor, diciendo: “¿Está o no está el Señor en medio de nosotros?”

Palabra de Dios.

R/. Te alabamos, Señor.

De la carta del apóstol san Pablo a los romanos

(5, 1-2. 5-8)

Hermanos: Ya que hemos sido justificados por la fe, mantengámonos en paz con Dios, por mediación de nuestro Señor Jesucristo. Por él hemos obtenido, con la fe, la entrada al mundo de la gracia, en el cual nos encontramos; por él, podemos gloriarnos de tener la esperanza de participar en la gloria de Dios.

La esperanza no defrauda, porque Dios ha infundido su amor en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo, que él mismo nos ha dado. En efecto, cuando todavía no teníamos fuerzas para salir del pecado, Cristo murió por los pecadores en el tiempo señalado. Difícilmente habrá alguien que quiera morir por un justo, aunque puede haber alguno que esté dispuesto a morir por una persona sumamente buena. Y la prueba de que Dios nos ama está en que Cristo murió por nosotros, cuando aún éramos pecadores.

Palabra de Dios.

R/. Te alabamos, Señor.



Del santo Evangelio según san Juan

(4, 5-42)

En aquel tiempo, llegó Jesús a un pueblo de Samaria, llamado Sicar, cerca del campo que dio Jacob a su hijo José. Ahí estaba el pozo de Jacob. Jesús, que venía cansado del camino, se sentó sin más en el brocal del pozo. Era cerca del mediodía.

Entonces llegó una mujer de Samaria a sacar agua y Jesús le dijo: “Dame de beber”. (Sus discípulos habían ido al pueblo a comprar comida). La samaritana le contestó: “¿Cómo es que tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?” (Porque los judíos no tratan a los samaritanos). Jesús le dijo: “Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, tú le pedirías a él, y él te daría agua viva”.

La mujer le respondió: “Señor, ni siquiera tienes con qué sacar agua y el

pozo es profundo, ¿cómo vas a darme agua viva? ¿Acaso eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, del que bebieron él, sus hijos y sus ganados?” Jesús le contestó: “El que bebe de esta agua vuelve a tener sed. Pero el que beba del agua que yo le daré, nunca más tendrá sed; el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un manantial capaz de dar la vida eterna”.

La mujer le dijo: “Señor, dame de esa agua para que no vuelva a tener sed ni tenga que venir hasta aquí a sacarla”. Él le dijo: “Ve a llamar a tu marido y vuelve”. La mujer le contestó: “No tengo marido”. Jesús le dijo: “Tienes razón en decir: ‘No tengo marido’. Has tenido cinco, y el de ahora no es tu marido. En eso has dicho la verdad”.

Continúa a la vuelta 